

vida local comunitaria. Así, mientras en la ciudad de México, un residente de San Pedro de los Pinos, lo recuerda como “una colonia de clase media, tranquila, amigable, donde llegaron gentes de muchas partes [...] comenzó a cambiar mucho”, en Guerrero, un habitante de El Ocotito expresa malestar frente a los efectos del fenómeno migratorio, al señalar “cómo gente de otros lugares va a venir aquí a mandar”. El análisis de esta autora nos acerca al contenido político de las identidades locales, de manera que las percepciones y relaciones entre diferentes se territorializan en los lugares de la experiencia e influyen alterando las formas de identificación y las relaciones de pertenencia hacia el lugar, transformando los vínculos sociales y simbólicos que se establecen entre sociedad local y territorio.

Finalmente, el desafío de contrastar desde la historia oral dos realidades locales que en sus grandes diferencias comparten la entrada a la modernización urbana y sus consecuencias, se logra en este libro que representa una valiosa contribución al estudio de la relación entre espacio, identidad y memoria. Esta relación situada en contextos urbano-regionales estratégicos, de una parte, nos acerca a cómo se crean, se transforman y se reinventan las identidades basadas en el lugar donde se construye la experiencia singular y social de grupos diferentes. De otra, nos introduce a los procesos histórico-sociales que se producen en el espacio local modificando el paisaje geográfico, la estructura social y las relaciones comunitarias.

Estos temas convergen en esta obra que nos conduce a pensar en los efectos subjetivos de procesos, políticas y acciones modernizadoras, así como en los problemas socioculturales y de calidad de vida

que se generan en el espacio local impulsando nuevas formas de diferenciación y de organización social. Expresiones legítimas de malestar y temor ante estos problemas alternan con la emergencia de localismos y de formas de intolerancia hacia “el otro” distinto, revelando fenómenos de segregación, de exclusión y de resistencia a la diferencia. En lugares caracterizados por la heterogeneidad y por la desigualdad, estos aspectos nos proponen poner atención en las relaciones de conflicto y de cooperación que emergen en el espacio local. Éstas aluden al contenido político de las identidades locales y a lo que significa ser ciudadano en el espacio urbano contemporáneo.

Patricia Ramírez Kuri  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
SOCIALES-UNAM

Gilberto Guevara Niebla, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, Cal y Arena, México, 2004, 333 pp.

La historiografía del movimiento estudiantil de 1968 integra múltiples discursos con diferentes especificidades argumentativas y, sobre todo, desiguales condiciones de profundización, reflexión y difusión. Sin embargo, no obstante el reconocimiento de la multiplicidad, hay dos cosas que son de llamar la atención. La primera es que en la producción del conocimiento histórico sobre el 68 mexicano, el testimonial parece ser uno de los formatos más socorridos.<sup>1</sup> La segunda

<sup>1</sup> En el catálogo “Bibliografía sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968”, realizado por el

es que en los últimos años existe una tendencia argumentativa que pareciera ser incuestionable. El movimiento estudiantil de 1968 es visto como un corte obligado en la comprensión de la historia moderna de México porque se lo considera el trastorno inicial de las estructuras del régimen posrevolucionario para encauzar la formación, a mediano y largo plazos, de nuevas formas de relación entre la sociedad y el Estado. Léase la democracia política que hoy ¿gozamos?

Dentro de estos dos márgenes se inscribe *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*. Uno: porque es un testimonial, una trincherita textual desde donde su autor, Gilberto Guevara Niebla,<sup>2</sup> hace el recuento de aquel proceso histórico, reconstruye hechos con fuentes y recuerdos, deslinda responsabilidades y reparte culpas de los errores y las tragedias. Dos: porque es, nuevamente, un testimonial que habla de un 68, el de los liderazgos que encauzaron la acción colectiva desde el Consejo Nacional de Huelga (CNH) y comprendieron, según palabras del autor, “la necesidad de dar una lucha política democrática en protesta contra los excesos

de poder y en defensa de las libertades políticas” (p. 104). Y es que hay que decir que el reconocimiento del 68 como punta de lanza de la “experiencia democrática” posterior es ya un ejercicio habitual. Es una legión el número de intelectuales (no importando su matiz ideológico) que reconocen en el movimiento estudiantil de aquel año el primer ensayo ciudadano en la historia reciente de México. Bajo esta lectura se generan ejercicios de memoria que —como el de Guevara Niebla— reiteran la institución de un relato frente al que pareciera no haber lugar para la polémica. Por ejemplo, en un número reciente de la revista *Nexos*, Rolando Cordera presenta una reseña al texto que aquí nos ocupa y hace saber que *La libertad nunca se olvida* guarda la esencia del testimonio de “la mejor y más valiente de aquellas generaciones que abrieron la puerta para el México democrático que hoy tenemos”.<sup>3</sup> Y sí, efectivamente, a través de más de 300 páginas, Guevara Niebla inscribe su relato personal con el gran relato social y político que parece ser la lectura dominante sobre aquellas intensas jornadas de julio a octubre de 1968: la lucha contra el autoritarismo de Estado en pos de una auténtica apertura democrática.

Frente a esto, ¿qué relevancia tiene entonces otro libro sobre el 68 (uno más) si se trata de un testimonial (uno más), cuyo argumento central es (como el de otros más) la ecuación movimiento estudiantil de 1968-democracia? En la contraportada de *La libertad nunca se olvida*, Roberto Diego Ortega intenta contrarrestar nuestras sospechas y, con ánimo mercadotéc-

Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, se consignan 257 referencias sobre el tema, clasificadas de la siguiente manera: testimonios (56 títulos), ensayos generales (51), tesis (27), literatura y artes (49), recopilación y catálogos (24), números monográficos (14), grabaciones (27), páginas electrónicas (9). Véase Ana María Sánchez Saénz, “Bibliografía sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968” en Silvia González Marín (coord.), *Diálogos sobre el 68*, IIB-UNAM, México, 2003, pp. 147-170.

<sup>2</sup> Quien es reconocido por ser uno de los líderes más visibles del movimiento estudiantil de aquellos años. Según versa la solapa del texto, este personaje ha trabajado por más de 25 años en el campo de la educación como profesor, investigador y funcionario.

<sup>3</sup> Rolando Cordera Campos, “Gilberto Guevara y la memoria límite del 68”, *Nexos*, núm. 325, enero de 2005, México, p. 83.

nico, afirma que este nuevo libro de Guevara Niebla constituye “el más importante aporte al estudio del México de 68”. Si bien es cierto que confirmar tal aseveración es un exceso, sí creemos, sin embargo, que el texto arroja más cosas de las que se pueden esperar de él —o de las que, incluso, su autor quiso que se esperaran—, pues ayuda a ir configurando preguntas para todo aquel interesado en profundizar en la forma en la que se han ido construyendo algunos de los discursos que han hegemonizado el conocimiento histórico sobre el mítico 68. En este sentido, pensamos que la relevancia del texto no es precisamente la visión del autor en tanto uno de los protagonismos más visibles del movimiento estudiantil.<sup>4</sup> Si bien es cierto que la visión de Guevara Niebla constituye un testimonio central para comprender la lógica del *buró político* del movimiento desde una perspectiva endógena,<sup>5</sup> lo que resulta en verdad relevante

<sup>4</sup> La postura definida en *La libertad nunca se olvida* tiene su antecedente en *La democracia en las calles. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, publicado en 1988, y posteriormente en 1998, por Siglo XXI. En este texto, el autor inserta la experiencia del 68 en una trayectoria más amplia del movimiento estudiantil, de un periodo que va de 1958 a 1987. La diferencia entre ambos textos no se encuentra necesariamente en el eje argumentativo, sino más bien en el formato, pues mientras que *La democracia en las calles* da cuenta de un relato colectivo, el texto que nos ocupa ahora es abiertamente una memoria personal que se inserta en un relato colectivo.

<sup>5</sup> De hecho, buena parte del libro se dedica a responsabilizar al sectarismo de la *izquierda radical* como la principal causa de la falta de efectividad del Consejo Nacional de Huelga (CNH) y como una de las causas esenciales del fracaso inmediato del movimiento. En este sentido, tampoco son nuevas las recriminaciones de diversos liderazgos del CNH hacia per-

es la manera en la que el autor estructura la narración y busca hacerla corresponder con la historia política pos-68.

La constante reiteración de que el movimiento estudiantil constituía una lucha por los derechos políticos y la apertura democrática del régimen pareciera responder a la intención de consolidar, a través del relato, al movimiento estudiantil del 68 como la inauguración de un horizonte de expectativa democrática para los tiempos que siguieron. Desde la frase con la que abre el libro, Guevara Niebla nos hace sospechar sobre las implicaciones que tiene la corrección política del presente en el proceso de escritura del pasado: “Nunca en mi interior dejé de creer que México era un país de leyes e instituciones”. El movimiento estudiantil que describe Guevara Niebla parece ser una vanguardia adelantada a su época que, aunque por momentos fue “secuestrada” por el sectarismo extremista, buscaba en todo momento deslindarse del ideologismo revolucionario e inaugurar una nueva representación de la acción colectiva que luchara —en el campo de la legalidad y las instituciones— por el respeto a las garantías individuales. Se trata de una vanguardia que renegaba del romanticismo revolucionario, enarbolaba para sí la nomenclatura de sociedad civil y reivindicaba la construcción de una identidad de avanzada:

¿acaso la prosperidad material (que, recordemos, debe relativizarse porque junto con

sonajes específicos. El ejemplo más conocido (reiterado una y otra vez en el texto) es el señalamiento de Guevara Niebla —y otros ex líderes estudiantiles— a Sócrates Campos Lemus como agente gubernamental infiltrado en el movimiento.

ella habían crecido la miseria y la desigualdad) no se había logrado a costa de sacrificar los *valores sagrados* de la libertad y la democracia? ¿Acaso no era cierto que las leyes y el poder judicial se hallaban postrados ante el poder ejecutivo? ¿Acaso existía en México una auténtica libertad de prensa? ¿Acaso había respeto por el sufragio? ¿Acaso no era cierto que había mexicanos que padecían prisión por disentir ideológicamente del PRI? (p. 86).<sup>6</sup>

El lenguaje y la cultura política del movimiento estudiantil que refiere Guevara Niebla nos describe un espacio de experiencia que no corresponde con un contexto histórico-social (al cual alude el mismo autor en diversas ocasiones) donde la participación política era incipiente, dado que las vías institucionales para ello se encontraban centralizadas a la lógica del partido de Estado y al autoritarismo viviente de la figura presidencial. De este modo, no podemos evitar preguntarnos ¿de qué manera, en medio de dicho contexto, era posible la configuración de una cultura política como la que menciona el autor?, ¿de qué manera era posible, en medio de un horizonte cultural donde la revolución era un paradigma *vivo*, pasar por alto “el canto de sirenas” que ofrecía el discurso radical de esos años? Así, la descripción de Guevara Niebla en torno a los planteamientos políticos de él y los suyos no deja de sorprendernos:

La batalla era política. Lo que se necesitaba era conquistar a la opinión pública para la causa de la ley, la democracia y la civilidad. Lo que estaba en juego no era la revolución, sino una verdadera apertura del país a la

<sup>6</sup> Las cursivas son mías.

democracia, una renovación del espacio político nacional, una nueva relación entre el Estado y la sociedad. Ésta fue la división que surgió en el seno del Consejo y que tendría graves consecuencias en el futuro (p. 137).

En este camino, *La libertad nunca se olvida* configura así un campo discursivo que podríamos caracterizar como *liberal-democrático-progresista*. Y, en el proceso de esa construcción, se van acomodando los hechos, las circunstancias y los personajes en correspondencia con el paradigma ideológico en el que, no tan sutilmente, se inscribe el autor. En este orden de ideas, podemos afirmar que la memoria del 68 de Guevara Niebla dibuja dos sujetos discursivos: *Nosotros* y *Ellos*. Para él, la identidad que nacía en esos momentos no era la identidad gremial, identidad de estudiantes en cuanto tales, sino la *identidad ciudadana*. El estudiante de 1968, nos dice, actuó como ciudadano de México que cumplía con sus deberes republicanos. Su objetivo no era la universidad o la educación, su principal meta era la reforma democrática de la república (p. 118). *Nosotros* fuimos (¿somos?) demócratas y liberales por convicción, ciudadanos emergentes que en medio de la coyuntura *sesentayochera* ensayaron el ejercicio de sus libertades políticas. Fuimos (¿somos?) inicio de lo que con los años estaba por venir: democracia formal y apertura del régimen.

Algo que es de suma importancia en este campo identitario del *Nosotros* es la centralidad que adquiere el rector Javier Barros Sierra como personaje puntal de su relato. Las acciones del rector, afirma Guevara Niebla, pusieron en evidencia los excesos gubernamentales —hubieran

tenido o no intención provocadora— y colocaron en el centro del debate político el problema de la democracia, la cuestión de las garantías individuales, el asunto del Estado de derecho, de los límites en el uso de la fuerza pública, así como la legalidad de las intervenciones militares en asuntos civiles. Esta nueva percepción se difundió extensamente en la sociedad y entre los mismos estudiantes de la UNAM, y fue el detonador principal del movimiento estudiantil de 1968 (p. 98).

Por otra parte, a la construcción discursiva del *Nosotros* está la contraparte del *Ellos*. En este sentido, se hace una serie de precisiones respecto a la conformación del Consejo Nacional de Huelga (CNH) debido a la marcada influencia que en éste ejercieron grupos de izquierda radical, desvirtuando así la verdadera lógica reivindicativa del movimiento: luchar por las libertades políticas frente al ejercicio del autoritarismo de Estado. De esta manera, el autor pone en un mismo costal al régimen autoritario encarnado en la figura de Díaz Ordaz, a la teoría de la conspiración orquestada desde la Secretaría de Gobernación y a la ideología sectaria de los *izquierdistas radicales* que obstaculizaron el buen funcionamiento democrático del Consejo Nacional de Huelga.

Aquí radica otra de las principales pistas que el libro ofrece en busca del mapa historiográfico del 68. Guevara Niebla diversifica al sujeto discursivo antagónico del movimiento estudiantil, pues la historia que construye reitera, junto con otras historias sobre el 68, la caracterización de un antagonista endógeno, un enemigo interno: izquierdistas-radicales-sectarios-sobrados de ideología-irracionalistas a quienes el autor atribuye la (ir)responsabilidad histórica del sectarismo y el fracaso (in-

mediato) del movimiento y, de paso, los convierte en sus principales piezas argumentativas para aludir a la teoría de una conspiración provocada desde altas esferas gubernamentales.<sup>7</sup>

La caracterización del antagonista endógeno comienza a dar datos interesantes sobre la configuración interna del movimiento y hace cuestionar sobre las historias que aluden a una historia total y unidireccional del CNH. Guevara Niebla pone el dedo en un renglón que ha sido obviado y que, consideramos, merecería una mayor atención, pues si bien alude a la democracia como el motor ideológico del movimiento, también termina por reconocer (en una nota a pie de página) que la democracia en el interior del CNH nunca fue efectiva (¡claro está! por culpa de los izquierdistas radicales):

Es verdad que un rasgo distintivo de 1968 fue la dispersión de la acción estudiantil gracias a la relativa autonomía de las escuelas y, sobre todo, por la acción de las brigadas. Cada estudiante o cada brigada particular vivieron su "movimiento". También puede afirmarse, con cierta razón, que la movilización estudiantil tuvo otros contenidos (culturales, éticos, de realización personal, etc.) distintos a lo político. Hay quien afirma con argumentos que en 1968 "no hubo dirección". Por encima de todo esto, yo sostengo que el CNH tomó decisiones,

<sup>7</sup> Según Guevara Niebla la provocación podía tener dos propósitos posibles: 1) Una estrategia de represión preventiva que pretendía descabezar a la izquierda en la antesala de los Juegos Olímpicos que se realizarían en octubre del 68, 2) la emergencia de un conflicto de tal magnitud favorecería el protagonismo político de Luis Echeverría, el secretario de Gobernación.

unas veces acertadas, otras veces equivocadas, pero esas decisiones afectaron en conjunto el destino del movimiento. Por otro lado, es verdad que formalmente operaba un principio de democracia interna, pero su funcionamiento no fue nunca muy eficaz y la comunicación entre el CNH y las asambleas escolares de la base fue, por momentos, casi inexistente. En esas circunstancias, la “democracia” del movimiento no pasó de ser un mito (p. 100).

El texto comienza y termina con el relato de los sucesos del 2 de octubre. Comienza evidenciando el desconcierto del autor frente a los hechos de represión en un país “de instituciones”. Termina con una frase que alude a los efectos de la represión en la consolidación futura de “las instituciones”:

La masacre [concluye Guevara Niebla] también contribuyó a la crisis de las universidades y a que México perdiera a una generación completa de líderes políticos, de forma que *la transición a la democracia siguió, no por el camino directo que propusieron los estudiantes de 1968, sino a través de una senda tortuosa, complicada y costosa, por la que desde hace más de 30 años caminamos* (p. 326).<sup>8</sup>

Así, con memoria a veces detallada, a veces vaga, a veces fundamentada en fuentes documentales explícitas, a veces soportada en discursos, entrevistas o pláticas de las que no hay referencia alguna más que la “buena fe” del autor, la memoria de Gilberto Guevara Niebla (que como todas las memorias se arma de pedazos sueltos) constituye una referencia muy interesante

<sup>8</sup> Las cursivas son mías.

para comenzar a problematizar *la historia* del 68 mexicano. Más allá de responder, *La libertad nunca se olvida* propicia preguntas sobre la intencionalidad y apropiación de los discursos históricos sobre el mítico 68.

Héctor Jiménez Guzmán  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA  
CIUDAD DE MÉXICO

Jan Rus, Rosalva Aída Hernández y Shan-nan L. Mattiace (eds.), *Mayan Lives and Mayan Utopias. The Indigenous Peoples of Chiapas and the Zapatista Rebellion*, Row-man & Littlefield Publishers, Estados Unidos, 2003.

La idea de nación que desde el siglo XIX se ha construido en nuestro país deja poco espacio para la alteridad y apunta a homogeneizar étnica y culturalmente a una población con raíces y trayectorias históricas diversas. Dentro de tal escenario, la igualdad de todos los mexicanos sigue constituyendo un acto de fe, que se ampara en preceptos constitucionales con poca incidencia sobre la marginación de la que han sido objeto los pueblos indígenas.

Empobrecidas y marginadas, muchas de las comunidades han tendido a reproducir formas de convivencia ancestrales y han mantenido elementos identitarios que les permiten distinguirse entre sí. Por la vía de los hechos, han ejercido ciertas dosis de autonomía que, más que reflejar el reconocimiento de un derecho, dan cuenta de los límites de la acción estatal sobre espacios sociales con principios y lógicas de funcionamiento divergentes del proyecto republicano sobre el que se erige nuestro sistema político.